

registramos en buena parte de la vida chilena: la España nos trajo la civilización de la cruz y la espada y esta armonía imperativa debería transformarse con los siglos en una fórmula de soluciones universales. Que lo digan, sino los católicos de hoy.

Hay en el libro de Graciela Illanes, retazos que al mismo tiempo que conjugan en la ordenación general, abren líricos intermedios y dan un tono de cálida emoción al conjunto. Ha querido impregnar el panorama urbano con alientos celestiales y así, por ejemplo, se da a cantar a las campanas de Santiago en un día cualquiera. Sus palabras mueven a un ritmo las cuerdas en los campaniles y así la imagen colonial va inundando nuestro propio silencio; las páginas desaparecen, el tiempo es nuestro, más bien dicho nuestro espíritu encuentra su propio espectro y los muros tienen la presencia del viejo adobón. Las páginas en que nos da aquel aluvión de junio de 1783 son vivas, lacerantes.

Así van deshojándose los cuadros de aquel pasado que en el presente desafía a las liviandades del hombre, corporizado en esos atalayas de piedra y genio que son Santo Domingo, la Catedral, la Moneda y todas esas casonas que aún parecen invulnerables, dispersas y ya muy contadas, en el viejo Santiago, con sus patios empedrados en cuya perspectiva, las cancelas de forja arriñonada, defienden por espacio de siglos un pensamiento hecho emoción, mientras el perfil de alguna niña asomaba en una mancha de sol.—L. Y.

<https://doi.org/10.29393/At253-254-239LGLD10239>

LOS GUSANOS, novela, por *Edmundo Concha*. Editorial Cultura, Santiago 1946

Con un prólogo de Alone, hombre agudo y experimentado en todo cuanto tiene que ver con asuntos literarios, Edmundo Concha se estrena en nuestro ambiente intelectual con una novela que para su edad es el anuncio y promesa de un excelente novelista. Pero el padrino no se apasiona por él. Hace considera-

ciones interesantes y aprovecha, por cierto, la oportunidad para reiterar algunos puntos de vista que viene sosteniendo desde hace años acerca del arte literario en Chile y sus diversas tendencias; y en estas opiniones hay algunas muy acertadas y otras muy discutibles, por cierto.

Y esto no es raro, ni causa molestia, porque si los pensamientos y las ideas estuvieran siempre coincidiendo, ya nos hubiéramos muerto de aburrimiento.

Lo interesante está en la divergencia, porque ella da tema para hablar del asunto y sacar conclusiones al gusto y sabor de cada uno. Pero hay algo, entre otras cosas muy interesantes de que habla el prologuista, en lo cual acierta plenamente. Y es cuando dice que este libro tiene algo de confesión íntima.

Esta novela de Edmundo Concha me ha hecho recordar, no porque se parezca ni tenga nada que ver con ella en su manera de realizarse, a una breve novela que yo escribí hace unos doce años: «El Primer Hijo». En esa novela contaba yo la historia de un empleado público; las miserias y desilusiones del hombre sensible, que no sólo piensa en que lo asciendan en la gratificación, y otras minucias, sino también en ciertos anhelos que están más adentro de aquello que superficialmente preocupa a esa clase de gente.

Y en esa novela había también algo de íntima confesión.

Eso que le pasa a Alfredo Riffo, es lo que hemos visto repetirse muchas veces en las oficinas fiscales en donde los empleados tienen características tan exactas como las que describe Concha, tanto que nos parece reconocer en Maric Luna, en Bastías u otro de sus personajes, a los que estuvieron a nuestro lado y nos acompañaron en esos días aburridores en que sólo se sueña con la manera de evadirse de aquella desesperante rutina, que después de las horas de trabajo lanza al pequeño empleado a la cantina donde se aturde jugando al cacho o bebiendo sin ganas los tragos que se ganan o pierden en tan absurdo intento de disipar así el aburrimiento.

Alfredo Riffo se va al Partido Comunista soñando que allí trabajará por ideales más o menos lejanos, pero embellecerá su vida y le dará un ritmo de mayor dignidad y elevación espiritual. Mas, en todas partes la existencia se encarga de sacarlo a uno de sus sueños. Los fantasmas tampoco se ahuyentan de ese modo. Hay una mujer, más bien un recuerdo, que obsesiona a Riffo, y de este recuerdo surge una inquietud, algo que rasquilla muy adentro la sensibilidad hasta convertirlo, a ratos, en dolor. Se ve en el autor la íntima confesión de que habla el prologuista, el hombre que anhela encontrar una gran amistad o un intenso amor. Y todo se le va alejando. Todo se disuelve como una quimera que nunca adquiere contornos de realidad. El alma de los seres sensibles tendrá siempre que enfrentarse con esta encrucijada que no tiene disyuntiva. Por un lado el anhelo inasible; por el otro la realidad que se convierte en angustia. El medio va ahogando a esta clase de hombres, porque el otro, el funcionario del tipo de Bastías o de Maric Luna vive feliz, contento. El amor mínimo, las horas de cantina y la rutina de su oficio lo tiene sin cuidado. Al revés, le sirve para entretenerse en comentarios tan fútiles como los que Concha pone en boca de sus personajes. Hay ratos en que estas conversaciones nos hacen recordar algo de aquellas que sostenían los personajes de Maupassant: Monsieur Cachelín o Monsieur Dupont, con otra característica de raza, pero en el fondo la eterna historia del hombre superficial y egoísta que sólo atiende a su propio bienestar y que todo bien ajeno le causa una irritación sin límites.

Es un libro de crítica y a la vez de ambiente, en el cual sale bastante mal parada esta burocracia santiaguina que se marchita bajo las lamparillas eléctricas, haciendo decretos y resoluciones gubernativas. Comiéndose las uñas en empleos de mínima cuantía y embebida en el chismorreo con el cual desahogan sus innumerables anhelos que nunca verán satisfechos. Lo sabemos por personal experiencia.—LUIS DURAND.